

Paraje de tránsito. ¿Un nuevo "insularismo"?

Una reflexión personal sobre la obra de Tomás López Ramírez

Javier Ciordia Muguerza
Catedrático – Departamento de Español
UPR - Ponce

Se me asignó que presentara a nuestro invitado de hoy, el escritor y profesor Tomás López Ramírez. Ello fue así, no porque yo tuviera un conocimiento especial de su obra, sino porque un amigo suyo de nuestro centro, el Dr. Harry Nieves, así lo dispuso. Más allá de esto, accedí a presentarlo por dos razones: por la curiosidad que me provocaron algunas de las anécdotas que el colega humanista y filósofo me contó sobre él y porque el hecho de tener que presentarlo me obligaba a ponerme en contacto con su obra y, como consecuencia, a instruirme un poco más sobre el hacer literario de la Isla. Y, ¡bendito el momento en que acepté la propuesta! La lectura de sus cuentos y de su novela **Paraje de tránsito** ha representado para mí una ilustración benéfica y gozosa. Lo uno y lo otro, porque Tomás López Ramírez maneja la pluma magistralmente.

Al parecer, según nuestro colega de Humanidades, él y Tomás López Ramírez., convivieron en su época juvenil en las mismas latitudes sanjuaneras. En aquella fase de sus vidas, al futuro escritor le entusiasmaban los deportes y tan pronto quería ser futbolista, como boxeador o jinete. Sobre todo, esto último: jinete. Era, al parecer, un fanático de las carreras de caballos. Así que visitaba el hipódromo cuantas veces podía. Aquel recinto era para él el de su más arraigada devoción. Le

seducía la equitación y, con ella, todas las actividades que se generaban en su entorno; a saber: apuestas, amistad con los jinetes, conocimiento muy amplio de los caballos y de su genealogía y otros eventos referentes al campo de carreras. Éstas desarrollaron en él lo que se podría denominar una "hipodromofilia" fervorosa. En su libro **Tristes, aunque breves ceremonias**, hay un texto titulado "Tarde de carreras", que nos da la medida de su adicción al tema. Me lo evidencia, sobre todo, una frase con la que alguien pretende zaherir a su interlocutor, al tú del relato en cuestión, ese tú sin nombre de tantos textos suyos, que me parece no ser otro que el yo desdoblado del narrador. Esa frase, disparada como un argumento "ad hominem", que dirían los filósofos, es ésta: "...y tú, por qué no te vas al establo a limpiar la mierda de los caballos, si tanto te gustan". Sospecho que fue éste un reproche que se le hizo en más de una ocasión y desde la más inmediata cercanía social, tal vez. Esta frase me revela los niveles de su adicción equinofílica.

Además de jinete -y me permito sospechar que nunca montó a caballo-, Tomás López Ramírez. quiso ser boxeador; pero los puños contundentes de un púgil más adiestrado lo sacaron a tiempo del ring. ¡Bendito sea! Gracias a él, acaso, lo tenemos aquí hoy, como púgil de palestras superiores. Porque la inteligencia de las palabras puede más

que la de los puños, aunque también éstos ostentan a veces un gran poderío. No en vano se dice que "no hay nada tan tangible como un necio con poder", que es lo que hoy nos amenaza en el mundo.

Y, dicho esto, me voy a la persona de Tomás López Ramírez, escritor. A este respecto, señalaré primeramente lo que dicen los críticos. Éstos lo presentan, en el ámbito de lo formal, como uno de los renovadores del cuento; y, en lo semántico, como un indagador en el tema ineludible y persistente de la autenticidad del ser y de la solidaridad humana. Sus personajes, un tanto angustiados a veces, pertenecen a los estratos sociales del proletariado y se mueven, de acuerdo con su ambiente, como si pretendieran delinear de algún modo el ser y el existir puertorriqueños. De hecho, aunque no exentos de caracterización psicológica, entre sus rasgos predominan los que se refieren a lo económico-social. En cuanto a sus técnicas narrativas, se afirma que se hallan acordes con el magisterio de los mejores narradores hispanoamericanos del momento., muy en particular, a mi parecer, con las de Julio Cortázar en su obra **Rayuela**, texto que leí hace ya varias décadas y que me ha parecido entrever en el trasfondo de **Paraje de tránsito**. Sin embargo, Efraín Barradas detecta en sus cuentos otra imantación, la de Lezama Lima, cuyo mundo, dice, le sirve de "espejo donde observa su propia realidad nacional".

1) Por su parte, José Luis Vega anota, refiriéndose a **Cordial magia enemiga** (1975) que Tomás López Ramírez "ensaya mostrar la dimensión, que podríamos llamar maravillosa, de la cotidianidad, en el ámbito de la ciudad amurallada". 2) Pondera, así mismo,

tanto el fondo semántico de la antillanía, como los aspectos formales de sus relatos, en los que descubre sus "altos niveles de excelencia, complejidad y pulcritud técnica"; valores que son, creo, la parte más visible de su creación literaria.

De los méritos de sus cuentos dan fe varios eventos culturales. Resalto los más significativos. El primero de todos, el de su pertenencia al grupo de la revista **Guajana**, el exponente más indicativo de la juventud literaria en las décadas del 1960 y 1970. Su primer contacto con este rotativo se produjo entre 1966-67, es decir, hacia sus veinte años, y se hizo a través de la poesía, género que cultivó originalmente y que, de forma más o menos velada, se filtra y potencia la calidad de su prosa. En esa época sus trabajos se publicaban ya en diversos rotativos del mundo hispanico, entre los que cabe mencionar, además de Puerto Rico, Cuba, Argentina y España. Fue en esta última, precisamente, y a la altura de 1970, que obtuvo uno de los galardones más apreciados en la Península: el "Gabriel Miró". Posteriormente, aquí, en su patria, el Ateneo Puertorriqueño lo condecoraría, en el concurso de 1975, con el Premio "Emilio S. Belaval, por su relato "Tristes aunque breves ceremonias", que luego publicaría la revista **Sin nombre**. Otros textos suyos, seleccionados por distintos antólogos, son: "Viejas fantasías de los parques", "Banda de acero", "Ciudad que no tiene fiestas", "Burdeles clausurados", etc., etc. Se puede, pues, afirmar, que nos hallamos ante un escritor de antología; un escritor cuyas creaciones cuadran, en el contexto literario de Puerto Rico, con varias de las características que la crítica isleña,

en particular, la de Josefina Rivera de Álvarez, detecta en los plumíferos de su generación. Según dicha estudiosa, éstos dejan a un lado el relato lineal y desenvuelven sus ficciones en tiempos simultáneos; desarticulan, además la trama para proyectar la imagen del mundo caótico en que viven sus personajes, haciendo uso para ello de la ambigüedad técnica que posibilita e, incluso, impone una relación de colaboración entre el autor y el lector, el cual se ve obligado, una y otra vez a unificar los elementos dispersos de la narración. Por otra parte, el uso de la pluralidad de puntos de vista hace que el significado total del texto derive de las diversas versiones que entren en juego en él. 3) De hecho, esto es lo que ocurre, en buena medida, en **Paraje de tránsito**, cuya pragmática literaria concuerda con las ideas de la ilustre estudiosa. Converge, más en particular, con el análisis que la misma hace del lenguaje de los escritores del 1970 en adelante. De ellos afirma que rompen el canon lingüístico anterior, desembocando así " en la esencia nueva de un lenguaje fuerte, ágil, vigoroso, desmoralizador". 4) un lenguaje en el que se desenvuelven diversos estratos, desde lo vulgar hasta lo sublime.

Y, sin más, paso a exponer mi impresión sobre **Paraje de tránsito**, (1999), novela de extraordinaria lucidez y pulcritud, al par que de un meticuloso trabajo.

Desde el punto de vista formal, **Paraje de tránsito** es una narración con un solo hablante: el narrador. Éste, que carece de nombre, se dirige desde el principio hasta el fin a un tú también anónimo; un tú que funge, a mi parecer, como un desdoblamiento del propio yo.

Desde el punto de vista semántico, **Paraje de tránsito** es la "intrahistoria" del protagonista y de su familia; familia esta que opera, a mi juicio, como una sinécdoque de todo Puerto Rico. Al término "intrahistoria" le doy el significado que, en oposición a la historia oficial, le dio la Generación Española del 98; a saber, el de la raigal y verídica historia del pueblo. Pues bien, esta familia, que representa metonímicamente a la gran familia puertorriqueña, resulta un tanto anómala. La anomalía radica en sus componentes: un padre de origen español, con su temperamento y su carácter no ablandados todavía por los avatares atmosféricos del trópico; una madre, puertorriqueña, que oficia como pañuelo de lágrimas de la casa; una hija que no acaba de madurar; un hijo que deriva hacia el travestismo; y otro, el intelectual del conjunto, que milita en la supuesta heterodoxia política del país, ya que se declara socializante e independentista, por lo que se aparta de las coordenadas socio-políticamente ortodoxas. Tales son las fichas de este ajedrez novelesco.

La figura más patética, acaso, pero más noble a la vez, es, a mi juicio, el padre, un transterrado de Asturias que vive todavía en la emoción de la tierra natal de sus amores, según la letra de la canción que, con la compañía del vino, le sirve de terapia en más de un anochecer. Este padre, con la "saudade" de su tierra a cuestas, puede traer a la memoria del lector la figura del viejo Odiseo cuando añora su regreso a Ítaca. Sin embargo, él es el que, como dueño de un pequeño almacén, ubicado en una de las calles del Viejo San Juan, que es el enclave donde ocurren los hechos de la novela, provee el sustento de la familia.

Sospecho que ésta, la familia novelesca, refunde de algún modo, a la propia familia del narrador. Es decir, sospecho que **Paraje de tránsito** es un relato criptográfico con una alta dosis de autobiografía y de autoprotección, en la que se refleja también su “hábitat”.

Pero, aunque la novela se nos presente, en un primer plano, como “fotograma” de una familia particular, es, de hecho, un “speculum” de todo Puerto Rico, razón por la que, hasta cierto punto, constituye una radiografía espiritual de toda la nación. Se trata, pues, de un documento fabulado, o lo que es igual, camuflado. Un documento digo, en el que se constatan varios sucesos y actitudes inherentes a la experiencia de la política del país. Me refiero a sucesos tales como el carpeteo y la catalogación de subversivos a quienes no militan en las ideologías de los que ostentan el poder. Sucesos, por tanto, de persecución y de discrimen que menoscaban el concepto de democracia y que la convierten, acaso, en una olocracia, como lo hemos detectado con nitidez en algunas efemérides de la historia de Puerto Rico. El lector, desde luego, percibe con claridad la dimensión protestataria de este relato en ciertas actitudes que, en una genuina democracia, no deberían ocurrir.

No sólo se le acosa al protagonista; se le considera también subversivo por sus ideales político-sociales, lo cual denota una cierta violencia organizada contra la esencia misma del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que es lo que, se entiende por democracia.

Paraje de tránsito conforma, además, desde el punto de vista semántico, un análisis socio-histórico

de la Isla. En él, el narrador se adentra primero, como estratégico punto de partida, en su propia historia para arrancar de ella los materiales con los que construir la de Puerto Rico. En este sentido, esta novela no es en su trasfondo más que una reflexión sobre su destino final; un destino que, en la mente del narrador, parece no tener otra salida apropiada que la independencia, si bien, la política oficial del país no parece propiciar esa ruta.

Pero, ¿qué es en sí y como tal **Paraje de tránsito**? Antes que nada, un ajedrezado de textos muy breves, -textos ideológicos narrativos- que se apuntalan sobre otros textos histórico-culturales de la literatura y de la historia de Puerto Rico. Estos textos sobre los que la novela se levanta corresponden, ya a Pedreira, ya a Lloréns Torres, ya a Trías Monge... Eso sí, son textos seleccionados cuidadosamente y muy a propósito para el sostenimiento de la ideología que sustenta el narrador... Porque, en el fondo, son textos que van en busca de la individualidad puertorriqueña, como lo fueron en la década del 30 no pocos de la revista **Índice**, o del clásico **Insularismo** pedreirano, o del **Prontuario histórico de Puerto Rico**, de Tomás Blanco, y de no pocas páginas también del malogrado y querido Manuel Maldonado Denis. Afirmaría, incluso, que **Paraje de tránsito** es, hasta cierto punto, un nuevo insularismo, una renovada meditación sobre el qué somos y el qué queremos ser, que tanto acosa aún a la conciencia histórica de esta antilla. Desde luego, el propósito primordial y global de este relato no es otro, creo, que el de rescatar a Puerto Rico de los peligros que lo acechan. Entre éstos, el

que emerge como el más importante es, sin duda, el de la inautenticidad. Ahora bien, la estrategia que el narrador auspicia para verificar dicho rescate se cifra, en principio y primeramente, en su auto-rescate, como el párrafo que titula “Reflexión ab initio” lo sugiere. Dice así en él:

Quise explicarme la historia de mi país, pero cómo entender lo que para mí encerraba tantos misterios, tantos vericuetos y rincones oscurísimos. Entonces intenté buscar una definición de mí mismo, colocarme frente al espejo y aceptarme o rechazarme, sentirme partícipe o sentirme excluido. Descubrí entonces que para poder interpretarla, Tendría que rescatar la mía propia. (p.11)

¡Correcto! ¡Correctísimo!
¿Cómo entender a los demás si no se entiende uno a sí mismo? Esto es, si no se ha mirado de verdad, si no se ha escudriñado, si no ha tratado de desdoblarse para verse como desde fuera de sí. Así, pues, para que el protagonista de **Paraje de tránsito** entienda a Puerto Rico, resulta inevitable que se autoentienda primero. Más, eso sólo no basta. Los estructuralistas dicen – y tienen razón– que las palabras significan no por lo que tienen de común, sino por lo que difieren. Así también las personas. La “ficha” que somos en el juego de las relaciones es como la del ajedrez: significamos, sobre todo, por lo que diferimos, por lo que nos diferenciamos. En el ajedrez de nuestras relaciones, en ese todo social que formamos entre todos, significamos, particularmente, por lo que diferimos. La verdadera convivencia se apuntala, como en las

piezas de una máquina, sobre lo que nos diversifica. Por eso, para rescatar la individualidad ajena, hay que descubrir primero la propia. El principio de intelección empieza por el sí mismo, pero éste no significa nada sin el otro, sin la otredad; esa otredad que se le impuso un día al protagonista de esta novela, en la presencia y en la persona de su padre –el gallego o el asturiano–, al que, en su día, llegó a comprender y asimilar. Porque, ¿qué es Puerto Rico, sino una síntesis de otredades? Y, de otredades, no sólo hispánicas, gallegas, asturianas o andaluzas, sino de otras latitudes también; latitudes africanas, europeas, norteamericanas...y más acaso, si llegamos hasta el penthouse de **El país de los cuatro pisos**. Otredades, digo, refundidas todas ellas en una otredad común, que es la que nos aglutina a todos y a la que le cuadra mejor el término de nostredad. Me vienen a la mente unos versos del Cancionero de Miguel de Unamuno. Dicen así:

¿Diferenciarme? ¡Vamos!
Todos somos de consuno;
Y en la piña que formamos,
Yo soy nosotros, nosuno.

¡Nostredad! ¿Qué es la nostredad? En el trasfondo último, un batiburrillo, un cóctel de diferencias y, en el mejor de los casos, un arcoiris de otredades. El conglomerado insular puede parecer caótico, pero desde el sentido de la nostredad, puede resultar armónico y cosmificante. Es decir: una genuina nostredad.

La anécdota nuclear de **Paraje de tránsito** es, en lo que al personaje principal se refiere, el padre del protagonista, la historia de un desarraigo migratorio; ese desarraigo

que supone el hecho de que “le condenaran a ser gallego hasta el último de sus días” (p.21) Lo excluyeron de la nostredad. No es un caso único Por ahí anda un tal Manuel Fernández Juncos, otro asturiano de pro, que todavía mora para muchos, incluidos letrados, en la región del olvido.

En fin, aterrizo ya. **Paraje de tránsito** es una novela puertorriqueñísima y una gran novela. Hacía tiempo que no leía una prosa novelística tan tersa, tan sugestiva, tan de hondo calado ético, estético e histórico cultural. Una prosa trabajada con el tesón del artesano y con la sabiduría del artista. Si novelar significa reconstruir, **Paraje de tránsito** reconstruye. Sus páginas abogan por la individualidad autóctona y autónoma de la Isla, al par que nos revelan una voluntad de anagnórisis y de catarsis. El autor le ha transmitido al texto sus genes culturales más íntimos. Ello hace que su texto se nos presente como una epifanía personal que es, hasta cierto punto, una epifanía de tristeza. Quizá no podía ser de otro modo. En el sentir de Anatole, personaje de la barrita de la Parada 15, masculla estas palabras:

“.... Este país está jodido y no hay quien lo arregle, que todo lo arropa

la droga, que los políticos son todos unos vividores... (p.28)

Como obra de reflexión, **Paraje de tránsito** se asocia en mi mente con el **Insularismo** de Pedreira, y constituye, a mi parecer, un nuevo insularismo, si bien la técnica y el género de ambos autores difieren. Mientras Pedreira fundamentó su obra en el ensayo, es decir, en la exposición denotativa de las ideas, Tomás López Ramírez vertebra el suyo, más connotativamente, sobre la imaginación creadora. Los dos, sin embargo, tienen un propósito muy similar: averiguar qué somos y qué queremos ser.

El protagonista de **Paraje de tránsito** nos lleva desde el recuerdo de su niñez en un Colegio de Monjas Americanas, cuando “no percibía ninguna anomalía” en el hecho de izar y cantar los himnos de dos banderas distintas, esto es, nos lleva desde una ceremonia “de lealtades múltiples” hasta la defensa y la lucha por la individualidad de su país,

Sr. Tomás López Ramírez: **Paraje de tránsito** es un logro literario e histórico-social. Para mí representa un aporte luminoso para entender el ser y el querer ser de la reflexión pedreirana, en la que su novela se inscribe. ¡Muchas felicidades!